

CARLOS
LLAMBÉS



7 DISCIPLINAS
ESPIRITUALES
— PARA —
EL HOMBRE

BH
ESPAÑOL
NASHVILLE, TENNESSEE

ÍNDICE

<i>PRÓLOGO: UN FUNDAMENTO SÓLIDO: EL EVANGELIO BÍBLICO....</i>	vii
<i>INTRODUCCIÓN.....</i>	xiii
Capítulo 1: EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR.....	1
Capítulo 2: EN SU PALABRA.....	21
Capítulo 3: EN LA ORACIÓN BÍBLICA Y EL AYUNO BÍBLICO.....	31
Capítulo 4: EN LA ADORACIÓN BÍBLICA AL SEÑOR.....	53
Capítulo 5: EN LA IGLESIA LOCAL.....	63
Capítulo 6: EN EL SERVICIO BÍBLICO.....	79
Capítulo 7: EN LA EVANGELIZACIÓN.....	93
<i>CONCLUSIÓN.....</i>	107

PRÓLOGO

UN FUNDAMENTO SÓLIDO: EL EVANGELIO BÍBLICO

LA BASE PARA LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES

*«Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe»
(Ef. 2:8-9)*

Nuestro deseo fue escribir un libro en donde pudiéramos bendecir a la familia de Dios al contarles sobre cómo la Biblia nos instruyó para tener un tiempo fructífero y saludable en la presencia de Dios (Ef. 2:19). Por eso es que, antes de todo, queremos dejar bien claro nuestro entendimiento del evangelio, ya que, sin un claro entendimiento de las buenas noticias de Jesucristo, que son el fundamento que nos une a Él, «nada podemos hacer» (Juan 15:5).

Entendemos que si estás a punto de leer este libro es porque quieres crecer en tu fe cristiana. Esto significa que, en primer lugar, te has arrepentido de tus pecados y has depositado la fe solamente en Cristo para tu salvación. Ya eres una nueva criatura y, por el poder del Espíritu Santo, se ha producido una nueva manera de vivir en

ti que te va transformando cada día a la imagen de Cristo. Estamos hablando de una obra que el Señor, por Su gracia, ha comenzado en ti y Él mismo ha prometido que «la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6). En Cristo eres una nueva criatura (2 Cor. 5:17).

Si tienes alguna duda al respecto, considera el evangelio que encontramos con suma claridad en la Biblia. Si este libro llegó a tus manos y no estás seguro de ser cristiano, al menos no como lo presenta el evangelio, igual quiero animarte a que lo leas, ya que el Señor puede llevarte a comenzar una relación con Él a través de la lectura de este libro.

¿QUÉ ES EL VERDADERO EVANGELIO?

Quisiera ahora ahondar en lo que expliqué brevemente hace un momento. El verdadero evangelio son las buenas noticias que nos anuncian que Dios salva a los pecadores. El ser humano es pecador por naturaleza y está separado de Dios y sin esperanza alguna para remediar tal situación por sí mismo. Sin embargo, Dios ha provisto los medios para la redención de sus criaturas. Ese medio está en la muerte, sepultura y resurrección del Salvador, Jesucristo.

La palabra «evangelio» significa literalmente «buenas noticias». Pero para comprender exactamente qué tan buenas son esas noticias, primero debemos conocer las malas noticias. El ser humano cayó al desobedecer a Dios en el jardín del Edén. La Biblia señala:

Cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y que el árbol era deseable para alcanzar sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido que estaba con ella, y él comió (Gén. 3:6).

Cada parte del ser humano (su mente, voluntad, emociones y cuerpo), han sido contaminados por el pecado. Esta es ahora la naturaleza del ser humano que hace que no busque ni pueda buscar a Dios. Ha perdido el deseo de acudir a Dios y, de hecho, su mente se mantiene hostil para con Dios. El apóstol Pablo lo explicaba de la siguiente manera:

«Ya que la mente puesta en la carne es enemiga de Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, pues ni siquiera puede hacerlo» (Rom. 8:7).

Dios ha declarado que el pecado condena al ser humano a una eternidad en el infierno, separado de Él. Es allí, en un lugar de eterna separación de Dios, donde hombres y mujeres pagan el castigo por pecar contra un Dios santo y justo. Como observamos, sin duda estas serían malas noticias, si no existiera un remedio.

Pero en el evangelio, Dios, en Su misericordia, ha provisto ese remedio, un sustituto para nosotros, Jesucristo, quien vino a pagar el castigo por nuestros pecados, mediante Su sacrificio en la cruz. Esa es la esencia del evangelio que Pablo predicaba a los corintios en los albores del cristianismo, hace más de dos mil años. Él proclamó a las personas de la ciudad de Corinto,

Ahora os hago saber, hermanos, el evangelio que os prediqué, el cual también recibisteis, en el cual también estáis firmes por el cual también sois salvos, si retenéis la palabra que os prediqué, a no ser que hayáis creído en vano. Porque yo os entregué en primer lugar lo mismo que recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Cor. 15:1-4).

Con sus palabras nos explica los tres elementos del evangelio: la muerte, sepultura, y resurrección de Cristo a nuestro favor. Nuestra vieja naturaleza, condenada y separada de Dios, murió con Cristo en la cruz y fue sepultada con Él. Nuestra muerte es consecuencia merecida por el pecado, pero Cristo tomó nuestros pecados y murió por ellos, para que nosotros vivamos por Él.

Entonces, al resucitar Jesucristo, nosotros fuimos resucitados con Él a una nueva vida. Presta atención a las palabras de Pablo:

Por tanto, hemos sido sepultados con El por medio del bautismo para muerte, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido unidos a El en la semejanza de su muerte, ciertamente lo seremos también en la semejanza de su resurrección, sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con El, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado; porque el que ha muerto, ha sido libertado del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con El (Rom. 6:4-8).

El apóstol nos pide que nos «sujetemos firmemente» a este verdadero evangelio, el único que tiene el poder para salvar. Creer en cualquier otra buena noticia que te ofrezca vida nueva y una completa transformación sin Cristo, es creer en vano, ya que **NO HAY OTRO EVANGELIO**. Por eso Pablo es enfático en decir que el evangelio «es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Rom. 1:16-17). Esta salvación no se logra mediante nuestro esfuerzo, sino solo por la gracia inmerecida de Dios a través del don de la fe (Ef. 2:8-9).

Mediante el evangelio, a través del poder de Dios, aquellos que creen en Cristo no solo son salvados del infierno, sino que, de hecho,

les es dada toda una nueva naturaleza (2 Cor. 5:17), con un corazón cambiado y un nuevo deseo, una voluntad y una actitud que los llevan a buscar a Dios y que se manifiesta en buenas obras. Este es el fruto que el Espíritu Santo produce en nosotros por Su poder. Las obras nunca son el medio para la salvación, pero sí son la prueba de ella (Ef. 2:10). Aquellos que son salvados por el poder de Dios, siempre mostrarán la evidencia de la salvación por medio de una vida transformada que vuelve a tener comunión con Dios y vive en obediencia a lo que el Señor ha establecido para sus hijos e hijas.

El Dr. Donald Whitney, quien ha escrito extensamente sobre las disciplinas espirituales, dijo lo siguiente refiriéndose al evangelio y la conexión que debe tener con las disciplinas espirituales:

«Las disciplinas espirituales se derivan del evangelio, no están divorciadas del evangelio. Con la práctica correcta, las disciplinas espirituales nos adentran en las glorias del evangelio de Jesucristo, no se alejan de Él como si hubiéramos avanzado a un nivel superior del cristianismo. El evangelio es el ABC. Ahora entremos en las cosas realmente profundas de Dios, las disciplinas espirituales. Ellas solo nos llevan a una comprensión más profunda del evangelio».

Después de aclarar lo que considero que es un evangelio bíblico, ahora podemos abordar el tema de las disciplinas bíblicas espirituales, pero no sin antes hacer otra aclaración. Podrás preguntarte, ¿por qué tanto énfasis en el evangelio? Estamos seguros de que has conocido personas que dicen ser cristianas, pero que parecen no conocer el evangelio bíblico. Como el evangelio es tan fundamental para el cristiano, quisiera ser muy responsable en presentarlo de la forma más clara posible para evitar confusión y para que se tome con la seriedad que merece. J. I. Packer dijo lo siguiente:

«La Iglesia no necesita innovación, sino volver a lo que está en la Biblia, en especial al evangelio. La ignorancia sobre Dios, ignorancia tanto de sus caminos como de la práctica de la comunión con Él, está en la raíz de buena parte de la debilidad de la Iglesia en la actualidad. Necesitamos purificar el agua doctrinal que consumimos y estar más satisfechos con la verdad eterna, siempre con Cristo en el centro. Desde el principio no estuve dispuesto a permitir que ningún libro [que yo escribiera] no contuviera el evangelio».

Un buen entendimiento sobre el evangelio es fundamental en tiempos donde existe tanta confusión en cuanto a lo que significa el cristianismo. Mucho de lo que ahora se entiende como «cristianismo», está divorciado del evangelio bíblico y, sin ese fundamento, todo lo que se ofrezca es solo buenos deseos sin poder de Dios y verdadera transformación.

Es importante señalar que nuestra identidad cambia una vez que entramos en una relación con Cristo. La vida parece ser como un rompecabezas donde Cristo debe ser la primera y la última pieza.

Al considerar todo lo antes dicho, solo nos resta decir, *Soli Deo Gloria* (A Dios sea toda la gloria).

Oración: Padre celestial, gracias por enviar a tu Hijo a morir en una cruz por mí y resucitar al tercer día para tener vida eterna. Gracias por tu gracia, por tu misericordia y por escogerme desde antes de la fundación del mundo para ser tu hijo.



EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR

LA DISCIPLINA DE ESTAR A SOLAS CON EL SEÑOR

«Con todo mi corazón te he buscado;
no dejes que me desvíe de tus mandamientos»

(Sal. 119:10).

El tiempo a solas con el Señor es algo incomparable dentro de nuestra vida cristiana. Cristo es nuestro mejor modelo y durante Su vida y ministerio terrenal buscó constantemente la intimidad con el Padre en las primeras horas del día, en momentos de decisiones importantes, en momentos de angustia y en muchas otras circunstancias. Esta intimidad se manifestó de forma especial a través de la oración y, de ella, Thomas Watson señaló que «la oración es la respiración del alma» y Juan Calvino proclamó que «la oración es el alma de la fe». ¿Qué piensas de la oración?

En el versículo que citamos al comienzo de este capítulo, el salmista buscaba a Dios con todo su corazón, una actitud digna de imitar, aunque no debemos dejar de considerar el propósito de esa

búsqueda: «No dejes que me desvíe de tus mandamientos». Él está consciente de lo que es capaz si no busca de manera constante a Dios.

Nuestro tiempo con el Señor debe ser emocionante porque tenemos un encuentro con nuestro Dios y Su grandeza y majestad nos cautivan hasta el punto de querer una y otra vez seguir experimentando una gran intimidad con Él. Este tiempo se convierte en un momento de profunda reverencia que emana de un corazón agradecido que descansa en Su gracia y anticipa lo que Él puede hacer en nosotros. Es un momento en donde la santidad de nuestro Dios nos conduce al arrepentimiento y a una dependencia total de Su dirección para nuestras vidas. Saber que vamos a ir a Su presencia nos lleva a ir a Él con la humildad que le agrada y también con la confianza de que solo Él puede hacer lo que nosotros no podemos y que nos dará la fuerza para obedecer lo que demanda de nosotros. Finalmente, llegamos a Él con la confianza de que sus promesas son verdaderas y que se cumplen en la vida de los suyos.

El rey David cantaba: «Me darás a conocer la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; en tu diestra, deleites para siempre» (Sal. 16:11). ¿Te imaginas lo que significa «plenitud de gozo»? La plenitud se define como el estado alcanzado en un momento de máxima perfección o desarrollo. Sabemos que de este lado de la gloria eso no es completamente posible, pero es algo digno a lo que vale la pena apuntarle; sabemos que en nuestros tiempos de comunión con Dios tendremos atisbos de ese gozo supremo.

Es sorprendente comenzar a investigar sobre la oración en la Biblia. Se nos enseña que Daniel oraba tres veces al día y mantuvo su rutina piadosa a pesar de las amenazas de castigo. Muchos salmos mencionan específicamente la oración matutina (5:3; 55:17; 59:16; 88:13; 92: 2) y también en la tarde (17:1-3; 42:8; 63:5-6; 119:55; 141:2). Estos breves ejemplos nos demuestran que hay mucho que

aprender en la Biblia sobre la oración, tanto en su forma como en su contenido. Te recomendaría, por ejemplo, que si estás interesado en orar y tener intimidad con el Señor, te sumerjas en las oraciones de los Salmos. Uno en particular, el Salmo 46, era el preferido de Martín Lutero. La historia señala que cuando estaba deprimido por todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, el reformador llamaba a su asistente Felipe Melanchthon para que cantaran juntos este Salmo. Inspirado por ese salmo es que Lutero compuso el gran himno *Castillo Fuerte*.

Los Evangelios y los Hechos se refieren a la oración practicada por los judíos en la tercera, sexta y novena horas. Esto significa que se oraba con frecuencia unas tres horas después del amanecer, al mediodía y tres horas después del mediodía. El evento del Pentecostés, por ejemplo, sucedió a la tercera hora. Pedro tuvo su visión en la azotea de animales limpios e inmundos mientras oraba a la hora sexta. Juan y Pedro sanaron a un hombre cojo en los escalones del templo mientras se reunían para las oraciones de la hora novena.

Lo más probable es que Jesús haya orado los salmos, al igual que los discípulos (Hech. 4:23-30). Esto significaba que tenían las palabras de las Escrituras cuando las necesitaban para inspirar sus propias oraciones y buscar la voluntad de Dios. Mientras Jesús estaba en agonía en la cruz, gritó la primera línea del Salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Fue crucificado a la tercera hora y murió a la novena (Mar. 15:33-38).

Este breve resumen es para que puedas percibir la importancia, la belleza y el poder de pasar tiempo con el Señor. Quisiera que te emociones, que pienses que el tiempo con el Señor de forma personal, con tu esposa y con toda tu familia puede llegar a ser algo emocionante porque vamos a estar delante de la presencia del Señor

creador, santo, omnipotente, omnipresente, omnisciente, salvador y soberano. El poder entrar a Su presencia es un gran privilegio que, de nuevo, debe ser emocionante.

Veamos otro momento de oración en la vida de Jesús: «Y aconteció que estando Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó también a sus discípulos» (Luc. 11:1). Pudiéramos preguntarnos, ¿por qué le hicieron esa petición a Jesús? Quizás sea porque ellos habían percibido que había un vínculo entre Su vida de oración, Su poder extraordinario, Su enseñanza, Su carácter y la misma esencia de Jesucristo. Ellos presenciaron que cuando Cristo ministraba a grandes multitudes, había un momento en donde se apartaba a orar.

¿Por qué debemos orar? ¿A quién oramos?

Después de todo lo que hemos conversado hasta ahora, la respuesta a esta pregunta podría sonar un tanto obvia. Sin embargo, es importante que tengamos muy en claro a quién nos dirigimos en oración y delante de quién tenemos el privilegio de estar. Nosotros creemos que existe solo un Creador supremo y Dios soberano. Él ha establecido que hay un solo camino hacia Él a través de Su Hijo Jesucristo, Dios mismo, quien es nuestro mediador perfecto al ir a la cruz para pagar por nuestros pecados. El Espíritu Santo, quien mora en nuestro corazón, nos guía a toda la verdad y nos permite discernir las realidades espirituales. Ese es nuestro Dios de amor asombroso, de misericordia, y perdón. Veamos algunos ejemplos en la Biblia de la grandeza del Dios al que nos acercamos:

- Un Dios poderoso: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios porque todas las cosas son posibles para Dios» (Mar. 10:27).

- Un Dios compasivo y misericordioso: «Inclina tu oído, Dios mío, y escucha. Abre tus ojos y mira nuestras desolaciones y la ciudad sobre la cual se invoca tu nombre; pues no es por nuestros méritos que presentamos nuestras súplicas delante de ti, sino por tu gran compasión» (Dan. 9:18).
- Un Dios de amor y perdón: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios Su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (Juan 3:16-17).

¿Por qué debemos orar? ¿Para qué oramos?

La oración es como una llave que abre la puerta del corazón de Dios al orar en el nombre de Jesús. La oración es el gran medio establecido por el Señor para tener una relación real y personal con Él. Entonces, esto es lo que debemos tener en mente al ir en oración:

- Reconocemos que Él es Dios y que Jesucristo es nuestro Señor y Salvador (Gén. 17:1; Rom. 6:16-18).
- Confesamos nuestros pecados y aceptamos Su perdón (Rom. 3:23-26).
- Pedimos que Su voluntad sea hecha en nuestras vidas, que Su Espíritu Santo nos guíe y que seamos llenos con todo lo que Dios tiene para nosotros.
- Pedimos entendimiento espiritual y sabiduría (Prov. 2:6-8; 3:5).
- Damos gracias por todas las formas en que Él nos bendice (Fil. 4:6).
- Pedimos Su protección y cuidado cuando estamos enfermos, solos, en pruebas o intercediendo por otros (2 Cor. 12:9-10; Sant. 5:14-16).
- Lo adoramos y lo alabamos (Sal. 95:6-7).

No existe nada por lo que no podamos orar. La Biblia nos dice que oremos sin cesar y que en todo demos gracias al Señor (Ef. 5:20; 1 Tes. 5:17). Cuando decidimos tener una actitud hacia la oración que está respaldada por la Biblia, entonces nos damos cuenta de que hemos recibido muchas bendiciones de parte de Dios por las que debemos agradecerle y alabarle.

¿Por qué debemos orar? ¿Cómo oramos?

Jesús les dio a sus discípulos la oración que se conoce como *El Padre Nuestro* y que nos sirve de modelo para nuestras oraciones, al reconocer que sus diferentes partes nos dirigen a orar de una manera más integral (Mat. 6). Jesús no la enseñó para que simplemente se repitiera, sino para que inspire nuestra oración al entender su profundo significado. Además, el autor de la carta a los hebreos nos exhorta a que oremos con osadía y confianza:

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Heb. 4:14-16, RVR1960).

Debemos orar con sinceridad y humildad ante el Dios todopoderoso. Santiago nos exhorta a orar unos por otros y nos recuerda que «la oración eficaz del justo puede mucho» (Sant. 5:16, RVR1960).

¿Por qué debemos orar? ¿Cómo oramos los esposos y la familia?

La oración en el hogar debe comenzar con el padre, aunque este no siempre es el caso. Las cabezas de la familia tienen la responsabilidad de cuidar la salud espiritual de sus familias. La esposa y los hijos deben saber que su esposo y padre es un hombre de oración y que tiene tiempos a solas con Dios. La oración con la esposa es algo fundamental. Dios dice en Su Palabra que somos una sola carne y, como tal, debemos venir delante de Él unidos en oración.

El matrimonio está diseñado por Dios para mostrar Su gloria de una manera que ningún otro evento o institución es capaz de hacerlo. Para poder observar esta realidad, vamos a unir dos pasajes, uno del Antiguo Testamento y otro del Nuevo Testamento, que hablan del matrimonio. Leemos en Génesis que Dios ordenó: «Por lo tanto, el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán en una sola carne» (Gén. 2:24). Este pasaje me trae a la mente muchas preguntas: ¿qué tipo de relación es esta?, ¿cómo se mantienen juntas estas dos personas?, ¿pueden alejarse de esta relación?, ¿pueden ir de cónyuge a cónyuge?, ¿está la relación enraizada en el romance, en el deseo sexual, en la necesidad de compañerismo o de conveniencia cultural?

Las palabras «se unirá a su mujer» y «serán una sola carne» encaminan al matrimonio a la realidad de un pacto sagrado basado en los compromisos que permitirán que se puedan enfrentar a cada tormenta mientras vivan.

El misterio del matrimonio se revela de manera más completa en la carta del apóstol Pablo a los efesios. El apóstol citó el pasaje de Génesis cuando escribió: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne»

(Ef. 5:31). Luego le da una interpretación muy importante en el versículo siguiente: «Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de su iglesia» (Ef. 5:32). En otras palabras, el matrimonio sigue el modelo de compromiso del pacto que Cristo tuvo con su Iglesia.

Pablo está afirmando que Cristo pensó en sí mismo como el esposo que vendría por su esposa, el verdadero pueblo de Dios (Mat. 9:15, 25:1; Juan 3:29). El apóstol sabía que su ministerio era el de reunir a la novia, el verdadero pueblo de Dios que confiaría en Cristo, le seguiría y le sería fiel. Su llamado fue a comprometer a la Iglesia con su esposo, Jesús. Esta misma idea se la presentó a sus discípulos de Corinto: «Porque celoso estoy de vosotros con celo de Dios; pues os desposé a un esposo para presentaros como virgen pura a Cristo» (2 Cor. 11:2, RVR1960). Cristo sabía que tendría que pagar por Su novia con Su propia sangre. Él llamó a esta relación el *Nuevo Pacto*. Cristo obtuvo a la Iglesia por medio de Su sangre y formó un nuevo pacto con ella, un matrimonio inquebrantable.

De todo lo anterior se desprende que el matrimonio cristiano existe para la gloria de Dios. Es decir, existe para mostrar a Dios en toda Su majestad. Como hemos dicho, el matrimonio sigue el modelo de la relación del pacto de Cristo con Su pueblo redimido, la Iglesia. Por lo tanto, el significado más elevado y el propósito más importante del matrimonio es poner en evidencia esa relación de pacto de Cristo y su Iglesia. Para eso existe el matrimonio. Si estás casado, es por esta razón que estás casado. Si esperas serlo, ese debería ser tu sueño.

Mantener el pacto con nuestro cónyuge es tan importante como decir la verdad sobre el pacto de Dios con nosotros en Jesucristo. El matrimonio no es simplemente estar o permanecer enamorado.

Se trata principalmente de decir la verdad con nuestras vidas. Se trata de representar algo verdadero sobre Jesucristo y la manera en que Él se relaciona con Su pueblo. Se trata de mostrar en la vida real la gloria del evangelio, las buenas noticias de la obra perfecta de Jesucristo a nuestro favor. Jesús murió por los pecadores. Él forjó un pacto en el calor candente de Su sufrimiento en nuestro lugar. Hizo suya una novia imperfecta con el precio de Su sangre y la cubrió con las vestiduras de Su propia justicia. Él dijo: «les aseguro que estaré con ustedes siempre hasta el fin del mundo» (Mat. 28:20, NVI) y «Nunca te dejaré; jamás te desampararé» (Heb. 13:5, NVI).

Me gustaría ilustrarlo de la siguiente manera:



EN LA MEDIDA QUE NOS ACERCAMOS MÁS A DIOS, LA DISTANCIA ENTRE NOSOTROS SE ACORTA. UN MATRIMONIO CERCA DE DIOS VA A EXISTIR PARA LA GLORIA DE DIOS. ESA DEBE SER LA META.

Me gustaría hacerle una pregunta a los que están casados: ¿cuándo fue la última vez que oraste con tu esposa y con tus hijos? Si somos una sola carne, como enseña la Escritura, no podemos darnos el lujo de vivir fuera del modelo que Dios ha establecido.

Muchos de los problemas que enfrentamos en el matrimonio son porque no vamos ante Dios como una sola carne cada día. Enfrentamos diferentes problemas en el matrimonio como la vida íntima, las finanzas, la salud, la falta de comunicación y muchos más. Sin embargo, nuestro mayor problema es la falta de comunicación con nuestro Dios. Creo firmemente que un matrimonio que busca a Dios va a obtener Su respaldo y Él los va a sostener para que sobrelleven las situaciones que se presentan a diario. ¿Has pensado alguna vez que el Señor está más interesado en el bienestar de tu matrimonio que tú mismo? Por eso, quisiera darte algunos consejos que pueden ser útiles en el matrimonio:

1. Vivamos para la gloria de Dios (1 Cor. 10:3).
2. Recordemos que Dios los unió en matrimonio (Mat. 19:5-6).
3. Mantengamos a Cristo como el centro del hogar (Sal. 127:1).
4. Oremos juntos (Sant. 5:16).
5. Nunca se retiren a dormir enojados (Ef. 4:26).
6. Tengamos nuestras finanzas y vida íntima en orden.
7. La familia debe ser prioritaria (Mat. 19:19).
8. Una sola carne necesita ir cada día en oración al Señor, ya que de ahí se desprende nuestro desempeño en lo espiritual, lo material y nuestra vida íntima (Mar. 10:8-9).
9. Muchos señalamos los defectos de nuestro cónyuge, pero en la mayoría de los casos no oramos para que Dios nos cambie a nosotros y transforme aquellas cosas que queremos que nuestro cónyuge cambie (Sant. 5:16).

10. Recuerda que Dios creó el matrimonio y lo ama mucho más que nosotros. Procura amarlo como Él lo ama y busca su salud como Él la buscaría (Gén. 2:18).

CORAM DEO: EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR

«Fuimos llamados a vivir *Coram Deo*, delante de la presencia de Dios, bajo la autoridad de Dios y para la gloria de Dios».

-R. C. Sproul

El término *Coram Deo* es parte de las frases latinas que surgieron durante la reforma protestante y que sirvieron para que los reformadores ilustraran diferentes verdades. Entre ellas están, *Post Tenebras Lux* (después de la oscuridad, luz), *Sola Scriptura* (solo la Escritura), *Sola Gratia* (solo por gracia), *Sola Fide* (solo por fe), *Solus Christus* (solo Cristo), *Soli Deo Gloria* (solo a Dios la gloria), *Simul Iustus Et Peccator* (pecador y justo al mismo tiempo), *Ecclesia Semper Reformanda Est* (la Iglesia siempre reformándose), *Ordo Salutis* (el orden de la salvación), entre otras.

Coram Deo es parte de ese conjunto de frases hermosas que tenemos la gran bendición de atesorar para ilustrar la vida cristiana. *Coram* deriva del latín *cora* («pupila del ojo») y significa «en persona», «cara a cara», «en presencia de uno» o «ante los propios ojos». *Deo*, en latín, es Dios. Por lo tanto, *Coram Deo* literalmente se refiere a estar de cara o ante la faz de Dios. Podría decir que *Coram Deo* es cuando nuestra razón y sentimientos están conscientes de la existencia y presencia de Dios sin importar lo que estemos haciendo.

Vivir bajo la presencia y soberanía divina implica algo más que una sumisión motivada por el temor al castigo. Por el contrario, se trata de reconocer que no hay una meta más alta que darle todo honor

a Dios. Nuestras vidas deben ser sacrificios vivos, ofrendas ofrecidas permanentemente en un espíritu de adoración y gratitud. Vivir *Coram Deo* es saber que no hay otra opción más que vivir una vida centrada en Dios, siendo todas nuestras decisiones y acciones dirigidas espiritualmente en obediencia al Señor, quien nos ve y delante de quien vivimos.

Vivir la vida *Coram Deo* es vivir una vida de integridad. Se trata de una vida plena que encuentra su unidad y coherencia en la majestad de Dios. Una vida fragmentada al dejar áreas oscuras fuera de la presencia de Dios, es una vida desintegrada que se caracteriza por la inconsistencia, la falta de armonía, la confusión, el conflicto, la contradicción y finalmente el caos.

La integridad se obtiene cuando hombres y mujeres viven vidas consistentes con sus valores y principios. Es vivir una vida abierta como un libro delante de Dios. Es una vida en la que todo se hace como para el Señor. Es una vida vivida por principio y no por conveniencia. Es caminar en humildad ante Dios, no desafiándolo con nuestra desobediencia. Es vivir bajo la tutela de una consciencia que está presa por la Palabra de Dios.

Coram Deo: vivir «delante del rostro de Dios» es nuestra meta. El clamor de David nos deja ver lo importante que era para él vivir en la presencia de Dios: «Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de tu presencia, y no quites de mí tu santo Espíritu» (Sal. 51:9-11).

¿Alguna vez te has encontrado espiritualmente paralizado? Quizás estuviste avanzando bien comprometido con el Señor durante algún tiempo y luego tu vida cristiana se convirtió en una rutina. Es posible que tengas problemas para explicar por qué sucedió este enfriamiento y cómo terminaste sin ánimo para continuar, para salir de la rutina

del embotamiento espiritual y la complacencia. Tu gozo en Cristo parece estar a mil millas de distancia. Tu deseo de adoración, servicio y testimonio parece ser solo un recuerdo que se desvanece. Estás atascado y no sabes cómo avanzar.

¿Le había pasado eso a Timoteo mientras servía en Éfeso como delegado apostólico? Aunque no podemos estar seguros, sí notamos que Pablo le entrega numerosas exhortaciones. Al parecer, Pablo tuvo que «urgirlo» a permanecer en la tarea (1 Tim. 1:3). Lo exhortó a pelear la buena batalla y a guardar la fe y la buena conciencia (1 Tim. 1:18-19). Le recordó que no debía permitir que su juventud se convirtiera en un obstáculo para su ministerio (1 Tim. 4:12). Puede que se haya vuelto complaciente con su don espiritual, por lo que Pablo le recordó que no lo descuidara (1 Tim. 4:14). Incluso lo presionó para que no diera nada por sentado en su vida espiritual (1 Tim. 4:15-16).

¿Crees que tú también necesitas de ese tipo de exhortación? Todos nosotros tenemos etapas en las que nos deslizamos en el mismo tipo de patrones en que Timoteo se encontró y, en consecuencia, necesitamos un buen empujón hacia adelante que nos ayude a volver a concentrarnos en vivir nuestra vida cristiana *CORAM DEO*.

Cuando Pablo llegó al final de esta carta, escrita probablemente dos o tres años antes de su muerte, él se dedicó a darle a Timoteo una nueva perspectiva sobre cómo debía vivir como cristiano. Se refirió a su discípulo como «hombre de Dios», no como el título que alguna vez usamos en los círculos cristianos o incluso como un título usado a menudo por los profetas del Antiguo Testamento, sino como una descripción de alguien que persevera en la fe. Los patrones para vivir *CORAM DEO*, delante del rostro de Dios, identifican dos facetas necesarias a las que debemos prestar atención en nuestro caminar con el Señor.

1. Saber cuándo huir

Pablo utilizó un lenguaje simple y fácil de entender. Él le enseñó a Timoteo de qué debía huir y hacia dónde debía huir. Hay mucho sentido común en la enseñanza cristiana, y este es uno de los casos más claros. Si se avecina algún peligro que seguramente te dañará, no hay nada noble en esperar hasta que te haga daño. Necesitamos saber cuándo huir.

Así que Pablo escribió: «Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas» (1 Tim. 6:11). Pablo conecta esta advertencia con una lista de cosas que ya había explicado (1 Tim. 6:3–10). Aunque no proporciona una lista exhaustiva, sí encontramos una serie de áreas que debemos reconocer para luego tomar la otra dirección. Lo primero es huir de las doctrinas que se alejan de la centralidad de Jesucristo y el evangelio. Algunos habían defendido «doctrinas diferentes», es decir, doctrinas o enseñanzas que no tenían una visión elevada de la persona de Jesucristo y una visión precisa de Su obra (6:3). La sabiduría exige huir de la falsa doctrina.

Segundo, huye de la enseñanza que no promueve la sumisión al Señor (1 Tim. 6:3–4). La buena doctrina nos lleva a conductas y prácticas transformadas.

En tercer lugar, debemos huir de las controversias que alimentan las tendencias más bajas de nuestra naturaleza. En otras palabras, cuando las discusiones conducen a la división, el rencor y el conflicto, no por el bien del evangelio, sino para obtener ventajas sobre los demás, entonces hay que huir (1 Tim. 6:1–5). Sin duda es apropiado discutir la doctrina e incluso podemos estar algunas veces en desacuerdo. Pero cuando esta actitud beligerante solo conduce al orgullo y a un espíritu divisivo, entonces es peligroso y dañino. Necesitamos apartarnos y no caer en ese juego que no le da gloria al Señor.

En cuarto lugar, debemos huir de las prácticas que usan una apariencia de piedad para obtener ganancias sensuales, financieras o de poder. Algunos de los falsos maestros en Éfeso enseñaron sobre la piedad, pero no sobre la piedad para la gloria de Dios, sino como un medio para ganar control sobre los demás (1 Tim. 6:5-8). La manera de reconocer la verdadera piedad es porque conduce a la satisfacción en Cristo. Finalmente, huye de las búsquedas de satisfacción fuera de Jesucristo. Pablo señala claramente que el amor al dinero es la raíz de todo tipo de mal (1 Tim. 6:9-10). Puede ser dinero, poder, gratificación sensual, atención o cualquier otra cosa. El problema es que dan la ilusión de que la vida en Cristo no satisfará los anhelos más profundos del corazón. Cuando encuentres estos peligros, ¡huye!

2. Saber qué perseguir

No debemos permanecer pasivos cuando empezamos a apagaros espiritualmente. En lugar de ello, debemos buscar con todas nuestras fuerzas el tipo de vida que sea agradable al Señor y que esté acorde con los seguidores de Jesús. «Perseguir» expresa la idea de una búsqueda en curso. Se usaba para un perro que iba a la caza de su presa, corriendo sin descanso hasta que alcanzaba su objetivo. Pablo les pide a los creyentes que persigan «la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia y la mansedumbre» (1 Tim. 6:11).

Primero, persigue una vida que refleje el carácter de Dios. La «justicia» no se usa en su sentido legal, como en la justificación, sino que es el tipo de vida recta que fluye de nuestra posición correcta delante de Dios. Es la justicia práctica con la que vives ante los demás. La «piedad» implica, en segundo lugar, que vives de tal manera que el Señor Dios es el objeto de tu adoración. En tercer lugar, persigue una vida que se centre en el servicio fiel. La «fe», en este caso, apunta a confiar en el Señor. Es vivir una vida de dependencia de Dios.

En cuarto lugar, el «amor» muestra el mismo servicio desinteresado practicado por Jesucristo, quien se dio a sí mismo como un rescate por los pecadores.

Tal vez nada embellece nuestra conversación del evangelio más que la fe y el amor practicados hacia los demás. En la historia temprana de la Iglesia, las plagas a veces envolvían pueblos y ciudades enteros, devastando a la población. Muchos huirían, y de manera bastante comprensible. Pero los cristianos hicieron lo impensable. Debido a su confianza en el Señor y al amor por los demás, se quedarían en sus ciudades y ayudarían a los enfermos y moribundos. En algún momento los cristianos también murieron.

En quinto lugar, persigue una vida de paciencia, perseverancia o constante autocontrol. La firmeza de continuar en la fe exige resistencia. En algún momento nos enfrentaremos a grandes dificultades o estaremos bajo la presión de la oposición.

¡No estás en un *picnic* del domingo por la tarde cuando vives como un seguidor de Cristo! El enemigo busca derribarte. Estará satisfecho con dejarte atado a una rutina de complacencia y aburrimiento para que no asaltes el dominio de las tinieblas con el evangelio. Él sabe que si estas espiritualmente frío o paralizado por la práctica del pecado, no pensarás mucho en la obra del evangelio. Así que «pelea la buena batalla de la fe».

La motivación correcta para vivir ante el rostro de Dios (*Coram Deo*)

El capítulo podría haber terminado ahora mismo. Como hemos expresado, nuestras luchas, prácticas pecaminosas, debilidades e incluso patrones de pensamiento inútiles contribuyen a dificultar la vida *Coram Deo*. Los creyentes en cada generación enfrentan luchas similares, por lo que necesitamos el tipo correcto de motivación para

ayudarnos a avanzar espiritualmente. Algunos intentan ofrecer baratijas como premio si es que cumplimos. Otros viven amenazando con la furia de un Dios que no puede complacerse nunca. ¡Nosotros debemos buscar una motivación centrada en la Palabra y en el carácter y las promesas de Dios, que nos da un marco saludable para la obediencia!

El pecado rompió la relación entre el hombre y Dios, poniendo al Señor y al ser humano en enemistad. La realidad es que la actitud de nuestros corazones cambió. En lugar de desear disfrutar de la presencia de Dios y vivir en plenitud de gozo, estamos empeñados en hacer la vida a nuestra manera. Si te detienes por un momento y piensas en los hábitos de pecado en tu vida, te darás cuenta de que todo tiene como base el tratar de sacar de tu mente la realidad del Creador. Has pensado que tienes el derecho de vivir de cualquier manera que quieras.

Por eso, el primer factor motivador para vivir *CORAM DEO* radica en que nuestra existencia, nuestra razón de ser, está en el Creador. Debemos vivir con la conciencia del Creador, que Él nos hizo para Él mismo; que la razón por la que existimos es para servirle y vivir en Su plenitud, donde hay gozo. «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y disfrutarlo para siempre», señalaban, y aún lo sostienen, los grandes teólogos.

El segundo factor motivador es recordar que Jesús llevará el cosmos a Su propósito previsto, habiendo redimido a un pueblo para sí mismo y restaurando al mundo a Su propósito original. Nosotros tomamos en serio la obediencia como seguidores de Cristo porque sabemos que un día Él aparecerá y le rendiremos cuentas (Rom. 14:12). No sabemos el tiempo de Su aparición, pero debemos vivir con una conciencia de ello en el horizonte. ¡Tal perspectiva cambia definitivamente la forma en que vivimos!

En tercer lugar, la adoración al Señor manifestada a través del culto regular, apasionado, saturado de las Escrituras e inspirado por el Espíritu Santo, afectará la manera en que vemos toda la vida cristiana. La adoración conduce al testimonio, la obediencia, el servicio y la fidelidad. Pablo enseña en una de las varias doxologías que encontramos en sus Epístolas: «Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno» (1 Tim. 6:15-16). Esta pequeña doxología nos ayuda a enfocarnos en la omnipotencia de Dios, a considerar Su gran poder, la majestuosa autoridad y el gobierno de Dios, a considerar los imperios y las naciones del mundo empequeñecidos por Su gobierno majestuoso. ¡Contemplémoslo y alabémosle!

Vivir ante el rostro de Dios es un desafío diario. Hemos visto el patrón claro, hemos observado las motivaciones dadas para ayudarnos en nuestra debilidad. Así que tomemos este pasaje de corazón. Vive *Coram Deo*.

Abordaremos algunas prácticas bíblicas en los próximos capítulos que se relacionan con tu tiempo en la presencia del Señor. Es por eso que quisiera que te evalúes para que tengas una idea clara de dónde estás con respecto a vivir *CORAM DEO* y que, con la ayuda de la intervención divina, te ejercites para vivir en gozo y sumisión al Señor.

Termino con la interrogante: **¿dónde estás?**

Evaluación personal

Uno es nulo y cinco lo óptimo.

1. En la presencia del Señor - En Su Palabra.....1 2 3 4 5
2. En la presencia del Señor - En la oración.....1 2 3 4 5
3. En la presencia del Señor - En el ayuno.....1 2 3 4 5

EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR

4. En la presencia del Señor - En la adoración.....1 2 3 4 5
5. En la presencia del Señor - En la evangelización.....1 2 3 4 5
6. En la presencia del Señor - En el servicio.....1 2 3 4 5
7. En la presencia del Señor - En la mayordomía.....1 2 3 4 5

Promedio: _____